



Autor: Andres Garcia

Lorena vivía en una casita de lámina y cartón al borde de la ciudad.

Las paredes tenían agujeros que dejaban pasar el frío de la noche, y el techo goteaba cuando llovía. Su cama era un colchón viejo compartido con sus dos hermanos, y su almohada, un saco relleno de trapos.

Pero Lorena tenía algo que nadie podía quitarle: sus sueños.

Todas las noches, antes de dormir, cerraba los ojos y se imaginaba en una casa grande, con paredes blancas, un techo que no goteara y un jardín lleno de flores. Soñaba con una cama solo para ella, con sábanas suaves y un armario lleno de vestidos coloridos. A veces, hasta imaginaba el olor a pan

recién horneado y la risa de su mamá sin preocupaciones.

Un día, en la escuela, la maestra les pidió que dibujaran su mayor deseo. Mientras otros niños pintaban juguetes o viajes, Lorena dibujó una casa. No cualquier casa, sino su casa de ensueño: ventanas grandes, una puerta roja y un árbol en el frente. La maestra, al ver su dibujo, le preguntó:

—¿Por qué una casa, Lorena?

—Porque cuando tenga una linda casa, mi mamá ya no llorará cuando llueva— respondió ella, con una sonrisa que escondía la tristeza.

Los años pasaron, y Lorena no dejó de soñar. Trabajó estudiando, ayudó a su madre vendiendo dulces y, poco a poco, la vida empezó a cambiar. No fue fácil, pero el día que

cumplió veinticinco años, compró un pequeño terreno. Con sus ahorros y manos callosas, ayudó a construir una casita sencilla, pero firme. No era el castillo de sus sueños infantiles, pero tenía piso de cemento, un techo que no goteaba y, lo más importante: espacio para que su familia estuviera segura.

La primera noche en su nueva casa, Lorena se sentó en la puerta y miró el cielo. Ya no había estrellas visibles como en su antigua choza (porque ahora había faroles en la calle), pero sintió una paz que nunca antes había conocido. Su madre, ahora con menos arrugas de preocupación, le sirvió un café y le dijo:

—Lo lograste, hija.

**—No es tan grande como la del dibujo, mamá—
respondió Lorena
riendo.**

**—Pero es nuestra casa— contestó su madre,
abrazándola.**

Y así, entre paredes que ya no temblaban con el viento, Lorena entendió que los sueños no siempre se ven exactamente como los imaginamos... pero si no dejamos de creer en ellos, tarde o temprano, nos llevan a un lugar mejor.

FIN.